



► *Identidades mal entendidas.*

*Raza y clase en el retorno
del supremacismo blanco*

ASAD HAIDER, 2020

Traficantes de Sueños, Madrid

Universalismo insurgente contra las políticas de identidad

HORACIO ESPINOSA

Mi pronombre de género fluido favorito
es camarada (Jodi Dean, 2019).

Insurgent Universalism against Identity Politics

HORACIO ESPINOSA

Observatori d'Antropologia del Conflicte Urbà,

Barcelona, España

horacio.espinosa.zepeda@gmail.com

Viví personalmente un ejemplo de cómo la cultura y la política izquierdistas han sido tocadas por los “identitarianismos” en este siglo, en mi participación con el Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes de Barcelona, organización política formada por los llamados “manteros” barceloneses, en su mayoría de origen senegalés.¹ Se había pactado en asamblea que el Sindicato Popular y un grupo de activistas respaldaríamos un acto de la Confederación Nacional

Desacatos 70,
septiembre-diciembre 2022, pp. 194-200

1 Para conocer en profundidad el fenómeno de los manteros de Barcelona y cómo se constituyeron en un sindicato popular, véase Espinosa (2017).

del Trabajo (CNT), sindicato anarquista español centenari, como parte de las acciones reivindicativas del 1 de mayo. Para los ambulantes era importante visibilizar su condici3n de trabajadores, que no es reconocida institucionalmente. Unas horas antes de nuestra participaci3n, un sector de los activistas autodenominados “decoloniales”, ninguno mantero, decidi3 por su cuenta repartir panfletos que se~alaban como racistas a los que consideran “sindicalistas blancos”. Tambi3n lanzaron consignas contra los manifestantes, como “Nacional o extranjera, *no* es la misma clase obrera”, que hacfa ironfa de un eslogan cl3sico del dfa de los trabajadores: “Nacional o extranjera, es la misma clase obrera”. A pesar del desaguizado, el resto de los asistentes, contrariados, fuimos al acto junto con la CNT.

Las polfticas de identidad se han transformado en un aut3ntico quebradero de cabeza para la izquierda, en mltiples formas. Son un elemento de fractura y malestar real para los movimientos sociales. No se trata de una sobreactuaci3n de “conservadores de izquierda”, como dicen algunos. Por eso celebro la publicaci3n y traducci3n al espa~ol de una de las m3s grandes crfticas a estas *Identidades mal entendidas*, libro de Asad Haider, acad3mico y activista estadounidense-pakistanf. A partir de su participaci3n en el movimiento Black Lives Matter, Haider desmenuza los elementos ideol3gicos de los movimientos antirracistas estadounidenses de las ultiimas d3cadas y llega a la agria conclusi3n de que la irrupci3n de las polfticas de identidad son uno m3s de los obst3culos en la lucha por erradicar el racismo de la sociedad. Aunque la mayor parte de sus reflexiones se circunscriben al contexto del racismo y el antirracismo estadounidense, desde las primeras p3ginas de su ensayo deja ver que sus baterfas apuntan m3s all3, al conjunto de las polfticas de identidad.

El t3rmino polfticas de identidad data de 1977. Fue acu~ado en la ciudad de Boston, de la mano del Combahee River Collective (CRC), un grupo

de militantes negras y lesbianas, cuyo manifiesto, “una declaraci3n feminista negra”, da la pauta de lo que, en su opini3n, deberfan ser las polfticas de identidad socialistas:

Somos socialistas porque creemos que el trabajo debe organizarse para el beneficio colectivo de quienes hacen el trabajo y crean los productos, y no para provecho de sus jefes. Los recursos materiales deben distribuirse de forma igualitaria entre quienes crean dichos recursos. Sin embargo, no estamos convencidas de que una revoluci3n socialista que no sea tambi3n una revoluci3n feminista y antirracista pueda garantizar nuestra liberaci3n (CRC, 2000: 268).

Cuarenta a~os despu3s del manifiesto, las militantes del CRC se ven en la necesidad de aclarar sus posiciones. En un artfculo reciente, Barbara Smith se oponfa a la interpretaci3n identitarianista de la declaraci3n del CRC: “no querfamos decir que si no eres como nosotras no eres nada”, sino s3lo recalcar que “somos personas que encarnan todas esas identidades” (Taylor, 2017: 59-60). Sobre la experiencia y legado del CRC, Salar Mohandesi (2017), entrevistada por Haider para la revista *Viewpoint*, de la cual es fundador y editor, dijo, no sin cierta amargura, que “lo que empez3 como una promesa de superar algunas de las limitaciones del socialismo para construir una polftica socialista m3s rica, m3s diversa e inclusiva” se convirti3 en “algo diametralmente opuesto”. En las p3ginas que dedica a desmenuzar la campaa de Hillary Clinton, Haider proporciona uno de los ejemplos m3s atroces de c3mo las polfticas de identidad han sido vampirizadas por la ret3rica neoliberal. En este sentido, las polfticas de identidad son lo que Nancy Fraser llama “el ingrediente esencial” del “nuevo espfritu del capitalismo” (2019: 29-31), encarnado por el Partido Dem3crata:

Respaldados por fuerzas progresistas de la sociedad civil, difundieron un *ethos* del reconocimiento superficialmente igualitario y emancipatorio. En el núcleo de ese *ethos* convivían ideales de “diversidad”, “empoderamiento” de las mujeres, derechos para la comunidad LGBTQ+, posracismo, multiculturalismo y ambientalismo. Estos ideales se interpretaban de una manera limitada y específica que era plenamente compatible con la transformación de la economía estadounidense conforme a los dictados de Goldman Sachs (2019: 29).

Haider teje una sugestiva red de argumentos que muestra las paradojas y contrasentidos en casos concretos de políticas de identidad, pero no se detiene ahí. También hace un análisis destacado del concepto de identidad y su función ideológica desde una perspectiva teórica. Para conseguirlo, echa mano de una mezcla heterodoxa de autores posestructuralistas, como Judith Butler, Louis Althusser o Michel Foucault, marxistas negros y ensayistas afroamericanos. Si rastreamos el concepto de identidad, vemos que aparece estrechamente ligado al concepto de sujeto, como parte del auge de una cultura individualista —y psicologizante— en las sociedades modernas y occidentales.

A los sujetos se les atribuyen características como la autodefinición, la transparencia de sí y la autonomía. Para Foucault, existirían dos elementos interrelacionados en la construcción del sujeto: la condición de sujetos nos somete al otro por el control o la dependencia, al mismo tiempo que esta sujeción genera una identidad y conciencia de sí (1988: 3–20). Dos caras de la misma moneda. En el proceso de formación identitaria construimos una ficción de autonomía a partir de las categorías creadas por el poder. Para Jacques Lacan, los sujetos mantienen “una relación de *hiancia*, de tensión alienante” (1997: 323) con su propio yo, por lo que la identidad se encuentra en el núcleo del malestar subjetivo contemporáneo. “El *ego* es esencialmente

un *alter ego*”, diría Yannis Stavrakakis (2007: 40). De ahí el chiste lacaniano sobre la identidad: mientras discutía con un interlocutor que defendía la posibilidad de un yo autónomo, Lacan dejó salir un exabrupto: “¡es autónomo! Esa sí que es buena” (2009: 132).

Para Butler, el dramatismo inherente a la identidad es que “nunca podrá describir plenamente a aquellos a quienes pretende representar” (1993: 323). A pesar o debido a la imposibilidad de la identidad para representarnos, hay una superproducción de colectivos identitaristas contruidos sobre coordenadas interseccionales cada vez más barrocas y excluyentes: transfeministas negras, nativxs *queer*, feministas radicales transexcluyentes y así *ad infinitum*. Alrededor de cada adscripción imposible se ha construido un muro, que la antropóloga y periodista Nuria Alabao (2021) llama “cierre identitario”. Estas identidades son tan vaporosas, que quizá se tema que esta supuesta especificidad identitaria se escape por la ventana, cual Margarita en la novela de Mijaíl Bulgákov (2015), volando libre, montada en su escoba. Por eso hay que cerrar las identidades a cal y canto, para que no se escapen.

Entre las muchas aportaciones de la teoría de la performatividad de Butler (1990) se encuentra la de haber entrelazado lo teatral y lo discursivo para explicar cómo el género se constituye, una y otra vez, no como esencia predeterminada, sino por la repetición de este doble carácter de lo performativo: como discurso que “ nombra ” el género y como actuación que “ representa ” las normas sociales. Las ideas de Butler trascienden el ámbito del feminismo y la teoría *queer* para resituarse como un modelo explicativo de “la naturaleza de la identidad y cómo se produce”, así como de la relación entre “el individuo y el cambio social” (Culler, 1996: 19).

La identidad sirve para distribuir a los sujetos políticos dentro de la estructura del Estado moderno. La o las identidades son el *sine qua non* de las democracias liberales. Nuestro estatus y demandas son

reconocidas por el Estado a partir de nuestras adscripciones identitarias. Bajo esta lógica, “la afirmación y reivindicación de los derechos sólo puede hacerse de acuerdo a una identidad singular y agraviada” (Butler, 2001: 100). Como dice el propio Haider:

Si podemos afirmar haber sufrido algún tipo de agravio en base a nuestra identidad, como al presentar una querrela ante un tribunal, sobre la base de lo mismo podemos exigir el reconocimiento del Estado y, dado que las identidades son la condición de las políticas liberales, se vuelven cada vez más totalizadoras y reduccionistas. Nuestra acción política por medio de la identidad es exactamente lo que nos encierra dentro del Estado, lo que asegura nuestro sometimiento continuado (p. 44).

El sujeto butleriano se ha entendido de manera equivocada como el que tiene la capacidad de elegir la identidad a su antojo, cuando más bien se trata de una subjetividad construida en la tensión entre “el voluntarismo y el determinismo” (Salih, 2004: 9). En este sentido, es paradójico el uso de la llamada “performatividad de género”, asociada a lo *queer*, por ejemplo, para identificar un tipo de identidad concreta que se “autoconstruye”, o peor aún, como si cada adscripción identitaria fuera una tribu urbana, un estilo susceptible de ser adquirido gracias al consumo cultural. Como afirma Butler, “la condición discursiva del reconocimiento social precede y condiciona la formación del sujeto” (1993: 317). Así, conceptos psicologizantes, como el de empoderamiento identitario, no dejan de ser un paradójico ¡vivan nuestras cadenas!

Problemas blancos, problemas negros

El movimiento Black Lives Matter se articuló en torno al campus Santa Cruz de la Universidad de California (UC) y tuvo su germen en la lucha

contra la privatización de la educación. Aglutinó tanto a estudiantes como a trabajadores y sindicalistas, por lo que se extendió con rapidez por otros campus. Entre sus muchas reivindicaciones se encontraba detener el aumento de 27% de las tasas universitarias, ya de por sí meteóricas, en una de las universidades más caras del mundo. Las movilizaciones fueron en especial importantes en los campus de Berkeley y San Francisco, en torno al Departamento de Estudios Étnicos (DEE), famoso por ser el espacio en el que se ha formalizado gran parte del pensamiento posdecolonial. A Ramón Grosfoguel, ilustre decolonial y miembro de esa área, le gusta repetir la historia de cómo el DEE fue obra de huelgas estudiantiles del Third World Liberation Front durante la década de 1970. Para él, el DEE es un símbolo inapelable de la superioridad del antirracismo estadounidense, respecto a los antirracismos en otras partes del mundo, lo que ilustra la importancia que se le otorga.

Sin embargo, la articulación del movimiento al DEE resultó contraproducente. Desde un principio “la cuestión de la raza lo dominaba todo” (p. 70). Cuando se decidió ocupar la rectoría de la UC, se produjo un primer debate respecto al uso de la palabra *occupy*, ocupar, mejor dicho “okupar” —que al menos en España tiene un sentido claro de ocupación política—. Para algunos indignados, “okupar” remitía a la ocupación de tierras indígenas por parte de los colonos. Para Haider y los iniciadores del movimiento, “okupar” era sinónimo de expropiar y estaba inspirado por el movimiento de fábricas autogestionadas durante la crisis argentina. Como la explicación no fue suficiente, hubo que “leer detenidamente el diccionario del activista en búsqueda de sinónimos” que no ofendieran a nadie (p. 71).

Las divisiones en el movimiento escalaron y algunos miembros de la asamblea se quejaron de recibir “microagresiones” racistas de los moderadores. Según Haider, la situación era “cómica” porque todos los moderadores eran *people of color* —“gente

de color”—, en inglés conocido por las siglas POC. Empezó a correr el rumor de que la asamblea no era un *safe space* —espacio seguro— y se disolvió. Se organizaron asambleas no mixtas, *ergo* “espacios seguros”, a las que Haider podía acceder por su condición privilegiada de POC. Ahí se leyeron panfletos confusos sobre el supremacismo blanco de los movimientos anticapitalistas y un administrativo de la UC acusó al movimiento de ser un complot “blanco” para minar las iniciativas por la diversidad de la institución, en especial del DEE (p. 73). Haider protestó ante esas posturas y acusó a los líderes de la asamblea POC de ser tan reaccionarios como los nacionalistas de la Nación del Islam. La asamblea POC decidió no apoyar más el “movimiento blanco” contra el incremento en las tasas y se decantó por posturas cercanas a la administración, que buscaban “una privatización racialmente equitativa” (p. 71).

En un capricho de la historia, ocurrió lo de Ferguson, Missouri. El movimiento estudiantil se unió para denunciar el racismo judicial en Estados Unidos, que había puesto en libertad a Darren Wilson, el policía asesino del ciudadano negro Michael Brown. Haider intentó sin éxito conectar la violencia policial con la marginación educativa de las minorías racializadas. Los incidentes de Ferguson no fueron un acicate en la lucha por la igualdad educativa sino el último clavo en su ataúd. Se impuso el discurso de “la interseccionalidad”, que tiene “una función intelectual comparable al *abracadabra*” (p. 75). Yo le llamo sacar el “privilegiómetro”, artefacto virtual que permite medir a “aquellos cuya identidad se inscriba en el mayor número de intersecciones”, para que después puedan reclamar su estatus como los más agraviados (p. 76). Un esquema meritocrático invertido.

Bajo el paraguas de conceptos “abracadabra”, como interseccionalidad, que todo lo pueden, todo lo explican, el Black Lives Matter se hundió en la ideología separatista esencializante de la intersección entre raza, género y sexualidad. Los colectivos

negros, blancos y marrones proclamaron, a su manera, su propia excepcionalidad “interseccional”. Esa división “metafísica” de los grupos marcaría el movimiento, como afirma Haider: “la ideología separatista impide la construcción de unidad entre los marginados, el tipo de unidad que realmente podría terminar con su marginación” (p. 79).

Universalidad insurgente

En su texto “Identity Politics and the Left”, el historiador Eric Hobsbawm (1996) escribió una crítica a las políticas de identidad desde el marxismo. Afirmaba, tajante, que de ninguna manera la izquierda podía ser “identitarianista”. La diana de sus ataques no era el feminismo o el movimiento LGBTQ+, sino la izquierda obrera. Para el inglés, los comunistas hicieron del “obrerismo” su política particular de identidad y obviaron que “los movimientos políticos obreros y socialistas nunca, en ninguna parte, han estado en lo esencial circunscritos al proletariado en el sentido marxista estricto del término” (1996: 45).

En un momento histórico en el que las políticas de identidad no tenían la misma relevancia que ahora, Hobsbawm prefiguró los problemas de la izquierda 30 años antes: “obligar a las personas a asumir una identidad, y sólo una, hace que éstas se dividan entre sí y, por lo tanto, aísla a las minorías”, por el contrario, “el proyecto político de la izquierda es universalista: se dirige a *todos* los seres humanos” (1996: 47). La izquierda no busca la emancipación sólo de una parte de la humanidad e ignora al resto. No hay un grupo elegido, ni siquiera los obreros. Hacer de los obreros “el centro” equivaldría a hacer políticas de identidad.

Por supuesto que no se trata de un simple malentendido. Hay pasajes de la obra de Karl Marx que, fuera de contexto, parecen decir que la clase obrera es el motor de la historia, pero existen otras

interpretaciones al respecto. Para Althusser, Marx no dice que la clase obrera, o cualquier otra, sea el sujeto de la historia, sino que el motor de la historia es la lucha de clases. Las clases sociales antagónicas no preexisten metafísicamente al conflicto de clases, sino que este mismo conflicto las crea:

La tesis marxista-leninista coloca a la lucha de clases en el primer rango. Filosóficamente esto quiere decir: afirma la primacía de la contradicción sobre los contrarios que se enfrentan, que se oponen. La lucha de clases no es el efecto derivado de la existencia de las clases, que existirían antes (de hecho y de derecho) de su lucha: la lucha de clases es la forma histórica de la contradicción (interna a un modo de producción) que divide a las clases en clases (Althusser, 1974: 34).

En pocas palabras, la clase obrera no es el sujeto de la historia y la lucha de clases una consecuencia de las características “esenciales” o identitarias de esta clase en tanto clase, sino que la clase obrera se constituye en la lucha de clases misma, su existencia como sujeto político no preexiste a la lucha, sino que surge en ella. En “Cuatro tesis sobre el camarada”, Jodi Dean (2019) deshace cualquier tentativa de constituir al militante comunista a partir de fundamentos identitarios. Para ella, la militancia del camarada sucede en función de una lucha compartida, no de las características particulares de los militantes. No importa la identidad específica, sino los objetivos políticos específicos. Es decir, “la identidad no tiene nada que ver con la camaradería. Tiene que ver con el trabajo, con el trabajo de construir el socialismo [...], la solidaridad entre camaradas no es un odio invertido” (2019: 87). La camaradería está en las antípodas de la política del resentimiento de los identitarianismos:

La camaradería aglutina la acción, y al aglutinarla desempeña la función de dirigir esa acción hacia un futuro determinado. En el caso de los comunistas, hacia el futuro igualitario de una sociedad emancipada de las determinaciones de la producción capitalista y reorganizada de acuerdo a la asociación libre, el beneficio común y las decisiones colectivas de los productores (2019: 68).

La lucha por construir el socialismo es una lucha universal, no por que exista *un* sujeto político de la historia, sino porque el capitalismo es universal. El sujeto político se define, no por su identidad como movimiento obrero, sino porque emerge de la lucha de clases. En este contexto da igual quién se enfrenta al capitalismo, siempre y cuando lo haga. En palabras de Deng Xiaoping: no importa el color del gato, lo importante es que cace ratones. El problema con los identitarianismos es que no cazan ratones, están tan ocupados en subdividirse hasta alcanzar su “esencia identitaria”, que en el camino han sacrificado el anticapitalismo.

Con este panorama, no es de extrañar que cualquier “nosotros” universalizante, que amplíe el campo de la lucha, sea una afrenta dentro de los movimientos sociales. Es necesario salir del enfrentamiento ridículo y fratricida; por todos y todas, es vital reactivar la idea de universalidad que, dice Haider, “no existe en abstracto como un principio preceptivo”, así como tampoco persigue “congelar a los oprimidos en un estatus de victimismo” (p. 178). La apuesta por una “universalidad insurgente” (p. 180) es crucial para un proyecto político emancipatorio y anticapitalista viable. Para conseguirlo, necesitamos dejar atrás las políticas de identidad, como si se tratara de un mal sueño, pero no basta con eso, necesitamos “programa, estrategia y tácticas”, como Asad Haider no se cansa de repetir. **D**

Bibliografía

- Alabao, Nuria, 2021, "El feminismo se ha vuelto feo: ¿qué está pasando? I", en *Ctxt. Contexto y Acción*, núm. 274, 7 de julio. Disponible en línea: <<https://ctxt.es/es/20210701/Firmas/36595/feminismo-divisiones-institucionalizacion-Transicion-15M-Nuria-Alabao>>.
- Althusser, Louis, 1974, *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Siglo XXI Editores, México.
- Bulgákov, Mijail, 2015, *El maestro y Margarita*, Libros del Zorzal, Madrid.
- Butler, Judith, 1990, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona.
- , 1993, *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Paidós, Buenos Aires.
- , 2001, *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*, Universitat de València/Cátedra, Valencia.
- Combahee River Collective (CRC), 2000, "The Combahee River Collective Statement", en Barbara Smith (ed.), *Home Girls. A Black Feminist Anthology*, Rutgers University Press, New Brunswick, pp. 264-268.
- Culler, Jonathan, 1996, "Los avatares de lo performativo en la teoría de la literatura y la cultura/The Fortunes of the Performative in Literary and Cultural Theory", conferencia en la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, 27 de febrero.
- Dean, Jodi, 2019, "Cuatro tesis sobre el camarada", en Anselm Jappe, César Rendueles, Jodi Dean, Athena Athanasiou, María Eugenia Rodríguez Palop, Jaime Vindel y Kristin Ross, *Comunismos por venir*, Arcadia/Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, Barcelona, pp. 65-110.
- Espinosa, Horacio, 2017, "El mercadillo rebelde de Barcelona. Prácticas antidisciplinarias en la ciudad mercancía", *Quaderns-e*, vol. 22, núm. 1, pp. 67-87.
- Foucault, Michel, 1988, "El sujeto y el poder", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, pp. 3-20.
- Fraser, Nancy, 2019, *iContrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric, 1996, "Identity Politics and the Left", en *New Left Review*, núm. 1/217, pp. 38-47.
- Lacan, Jacques, 1997, *El seminario*, vol. 2: *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica 1954-1955*, Paidós, Barcelona.
- , 2009, *Escritos 1*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Mohandesi, Salar, 2017, "Identity Crisis", en *Viewpoint Magazine*. Disponible en línea: <<https://viewpointmag.com/2017/03/16/identity-crisis/>>.
- Salih, Sara, 2004, "Introduction", en Judith Butler y Sara Salih (eds.), *The Judith Butler Reader*, Blackwell, Malden.
- Stavrakakis, Yannis, 2007, *Lacan y lo político*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Taylor, Keeanga-Yamahtta, 2017, *How We Get Free: Black Feminism and the Combahee River Collective*, Haymarket, Chicago.